

Comunicación del Primer Congreso sobre Desarrollo, del Centro de Estudios N. Rezzara (Italia), realizada por el Embajador argentino ante la Santa Sede, Dr. Pedro José Frías.

El cambio cultural

1. El cambio cultural: a) **Los valores latinoamericanos.** El protagonismo colectivo de todo desarrollo produce consecuencias variables según el cuadro institucional y el sistema de significación en que se inserta. Latinoamérica tiene su sistema de valores y debemos conocerlo. Esa interrelación de las varias "concepciones de lo deseable, que influye en la selección de los modos, los medios o los fines de una acción determinada" (1) vuelve nuestra atención a la relación hombre-naturaleza, la orientación temporal, la actividad humana y las relaciones personales. Dice Raúl Urzua, en un estudio sobre los valores latinoamericanos, que pueden describirse así:

- Frente a la naturaleza prevalece la resignación y no la voluntad de señorío;
- frente al tiempo, sacrificamos al presente el porvenir;
- frente a la realización personal, optamos por la individualidad más que por las obras;
- frente a los demás, apreciamos lo que los distingue, no lo que los une.

Estos rasgos son menos frecuentes en las ciudades que en la campaña y menos frecuentes en unas que en otras áreas latinoamericanas. Pero en su conjunto son ricas de personalidad, de humanidad, aunque no enteramente positivas para un desarrollo ligado a la técnica. El mundo nuevo encuentra al hombre en relación con las cosas: por la técnica domina a la naturaleza. Y lo encuentra en relación con los hombres: por la cooperación evita viejos y nuevos conflictos. Pero para dominar a la naturaleza y para cooperar con los hombres, hay que superar la pasividad y los particularismos, dos rostros de la América mestiza que una conciencia moderna ha modificado rápidamente en Argentina.

Durante mucho tiempo —observa URZUA— no hubo conflicto entre los valores latinoamericanos y las actividades económicas. Pero esa ecuación no subsiste porque nuestras apetencias no coinciden totalmente con nuestros valores.

Pero aún más. En los países desarrollados también hay grupos —y no tan reducidos como se cree— que esperan un cambio cultural sin el cual no habrá para ellos cambio económico. La pobreza afecta a más de un francés sobre cinco.

(1) Raúl URZUA, Valores sociales y desarrollo económico en Cuadernos del Sur, Buenos Aires, 6-7, 1965, p. 63.

El lenguaje convencional ha hablado de "islotes de miseria en un océano de abundancia". Pero estos islotes constituyen por lo menos un archipiélago.

Un análisis reciente muestra que esta pobreza no tiene esperanzas en una sociedad de consumo en que se integran verdaderamente sólo los que llegan a cierto nivel y a los cuales les está reservado, en la medida en que existen, los medios de participación en las decisiones. Y de la encuesta surge la misma evidencia: el aspecto cultural de la miseria es quizás tan importante como su aspecto económico. Las condiciones económicas de acceso a la sociedad de bienestar son dobladas por condiciones culturales aun más difíciles de superar para los pobres. Por debajo de ellas, categorías enteras de la población tienen las más grandes dificultades para definir su identidad personal y social y para desenvolverse aun en las más triviales gestiones administrativas (2).

2. b) **Educación y desarrollo.** Tomar conciencia de esto, moverá sin duda a los responsables del desarrollo a formular una política educativa. Más, a tomar el poder sobre la educación. Es un hecho sociológico que por estar "inmersa en una cultura determinada que trasmite a la juventud, la educación produce en realidad un **tipo cultural medio**, y esto aun sin pretenderlo (3).

Este hecho puede ser **corregido** por el fin de la educación, que es guiar el desenvolvimiento dinámico por el cual el hombre se forma a sí mismo y llega a ser un hombre. El fin de la educación no es producir un tipo cultural conforme a los deseos de la comunidad, sino liberar la persona humana para que alcance su fin último. Pero ese hecho también puede ser **deformado** por una instrumentación política de la educación, en que la educación más libre puede tener un carácter autoritario.

Y bien. Un proceso de desarrollo produce una reactivación de los poderes del Estado y a la vez un requerimiento de prioridad que, como lo insinuaba, pueden querer servirse desmedidamente del deseo de producir un tipo cultural. Por eso mismo, más que nunca, deben afirmarse los derechos de aprender de acuerdo a la propia manera de concebir el acceso a la verdad, sin perjuicio de dos potestades del Estado: una directa, nacida del deber de custodia de la conciencia nacional, que en el caso particular del desarrollo, puede expresarse como un derecho a que las prioridades no sean desarticuladas sino estimuladas por el proceso educativo; y una indirecta o supletoria que coordinará los procesos educativos indispensables al desarrollo.

Todo esto quiere decir que el Estado no sólo cumplirá con el deber de reconocer a la educa-

ción la "prioridad relativa" que en el desarrollo le conceden los expertos, sino que tendrá el derecho, por deficiencia de la sugestión espontánea de un orden social y cultural estable que penetre la vida entera de la Nación, a intervenir para que el tipo cultural medio inevitable refuerce las responsabilidades de la comunidad.

El cambio cultural, sin embargo, tiene una instrumentación mucho mayor que la educacional. Las facilidades para el consumo favorecen una mentalidad de usufructo y no de inversión. El aumento de la intervención del Estado sin paralela promoción popular, agrava la atonía social. La debilidad de las prioridades del plan o el vacío de la opinión alrededor de ese plan, fomenta los particularismos. **El cambio cultural, en suma, no es tanto un cambio de estructuras educativas sino un cambio de programa**, de inspiración, de tonalidad, quizás el cambio decisivo para que el desarrollo transcurra más sobre la persuasión que sobre la coacción.

3. **Conclusiones.** Podría por vía de conclusiones señalar las siguientes:

I. La prioridad relativa que en todo desarrollo tiene la educación, no exige sólo alfabetizar sino dar al sistema de valores de la población un tono que permita el desarrollo integral de la persona.

II. El hecho sociológico de que la educación produzca un tipo cultural medio, puede estimular el peligro de una sistematización política a la cual hay que oponer el derecho de llegar a la verdad según el dictado de la propia conciencia.

III. Pero en un proceso de desarrollo que reactiva los poderes del Estado en relación a prioridades del desarrollo mismo, debe reconocerse una potestad indirecta, supletoria, que coordinará los procesos educativos indispensables para el desarrollo.

IV. Los cristianos deben dar la animación evangélica al cambio cultural, para que los nuevos valores asciendan como las afirmaciones del Papa en la "Populorum progressio", desde las condiciones menos humanas de las carencias materiales y morales a las más humanas de dignidad y a las más humanas todavía: la vida de la Fe.

V. En un proceso de desarrollo los medios se vuelven cosas y los ideales siguen siendo palabras. Hay que proponer fines intermedios y concretos que den sentido próximo a cada actividad temporal. Hacer como el Señor que cubrió la distancia con parábolas para estimular el ejemplo e incitar a la acción. De lo contrario, el cambio cultural será sólo un aumento de posibilidades de dominio, un tener más sin ser más, y precisamente el peligro actual no está en los poderes acrecentados del hombre sino en el hombre mismo disminuido ante esos poderes.

Dr. Pedro José Frías

(2) "Economie et Humanisme", X-VI-67.

(3) Jacques MARITAIN, La educación en este momento crucial, p. 163.